

## ¿Dónde estás?

Disfruto mucho, realmente mucho de esas horas en que parece que todo está bien, en la que puedo ponerme de rodillas y entrar en una profunda y muy fecunda relación con el Padre. Las palabras brotan casi espontáneamente y me siento escuchado, atendido, hasta te diría que mimado por Él.

En esos tiempos hasta imagino estar a un metro del piso flotando en ese mar de caricias espirituales.

Pero eso no es siempre.

Debo confesar que hasta son raros estos encuentros.

Son más comunes aquellos donde el solamente ponerme en actitud de oración es comenzar una batalla tratando de romper una barrera invisible que parece impedir que la comunicación se efectúe.

Y hay otros momentos en que por mérito absolutamente mío, ni siquiera me presento a la cita. El camino se ha llenado de obstáculos y no parece que mi espíritu esté dispuesto a enfrentarlos.

Son esos los tiempos en que me cuesta mucho orar a Dios.

Últimamente trabajo mucho en esa dirección, porque es justamente en esos momentos donde me doy cuenta de que más lo necesito.

En el tratar de mirarme empiezo a reconocer estas situaciones y a intentar de revertirlas o por lo menos hacerme el propósito de hablar con Dios y decirle algo así como: *"reconozco que debería orar, pero la verdad que no puedo hacerlo. Disculpame, pero no puedo..."*

Uno de esos momentos en que cierro la puerta desde adentro es durante una situación de enojo que me desborda y en la que termino perdiendo la entereza, el control.

Me enseñaron que no está mal enojarme, aunque debo hacerlo sin salirme de los límites en donde ese enojo se convierte en un pecado porque agredo al otro con quien discuto o me agredo a mí mismo.

Y es en esos momentos por ejemplo en que me cuesta ponerme frente a Dios y tratar de explicar lo que tengo en mi pecho.

Me siento culpable por mi debilidad. Siento que caí en un pozo que podría haber evitado.

Hay otras situaciones además de las generadas por la ira.

Lo que descubro es que cuando el delicado límite se termina convirtiendo en pecado, es cuando se genera el break, la ruptura en el hilo de comunicación con Dios.

¿Te pasa lo mismo?

Estoy seguro de que sí, aunque en cada persona esto toma una apariencia con giros propios, con matices que pondrá cada uno personalizándolos.

Pero de un modo u otro, el llegar a la situación de pecado genera una distancia que nos hace alejarnos del Padre.

Él lo sabe. Él sabe que los hombres actuamos de ese modo. Lo sabe porque los hombres actuamos así desde el mismo tiempo del jardín del Edén.

Tiempo comenzamos con mi esposa una capacitación de 3 años en un instituto cristiano. Como parte de la primera materia que cursamos se nos dio a leer un texto de Génesis capítulo 3 que ya había leído antes, pero que esta vez me hizo mucho ruido.

**Gen 3:1 al 11** Y la serpiente era más astuta que cualquiera de los animales del campo que el SEÑOR Dios había hecho. Y dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: "No comeréis de ningún árbol del huerto"? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto

**podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, ha dicho Dios: "No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis."**

**Y la serpiente dijo a la mujer: Ciertamente no moriréis.**

**Pues Dios sabe que el día que de él comáis, serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal.**

**Cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y que el árbol era deseable para alcanzar sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido que estaba con ella, y él comió.**

**Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; y cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales.**

**Y oyeron al SEÑOR Dios que se paseaba en el huerto al fresco del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia del SEÑOR Dios entre los árboles del huerto.**

**Y el SEÑOR Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás?**

**Y él respondió: Te oí en el huerto, y tuve miedo porque estaba desnudo, y me escondí.**

**Y Dios le dijo: ¿Quién te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del cual te mandé que no comieras?**

Cuando terminé de leerlo me quedé pensando: ¿no es que Dios es omnipresente, y su sabiduría infinita?

¿Y entonces no sabía perfectamente donde estaban escondidos Adán y Eva después de la caída? ¿No supo de la caída en el momento mismo en que Eva mordía la manzana? ¿no los vio sentirse desnudos y vestir su cuerpo con hojas de higuera?

Y entonces por qué tiene que preguntar ¿dónde estás?... ¿necesita alguien que ya sabe la respuesta hacer la pregunta?

La respuesta es sí.

Es sí cuando el que formula la pregunta está buscando intencionalmente que el otro responda.

Es sí cuando se busca llevar al otro a entender cuál es la situación en la que se encuentra y cuál es el camino de salida.

Y creo que eso es lo que buscaba Dios.

Lo importante no era la respuesta, sino la pregunta.

Cuando Eva y Adán pecaron, entraron en uno de esos momentos que yo te mencionaba antes, donde uno se siente tan lejos que cree que no puede hablar con Dios.

Que le fallamos. Que se va a enojar, y vendrá un castigo que seguramente merecemos.

Uno de esos momentos en que uno no sabe cómo esconderse, porque se da cuenta que es imposible hacerlo.

Puedo esconderme de otro hombre, pero no puedo esconderme de Dios.

Y la verdad que antes pensaba que efectivamente Dios se enojaba. Que después de mi falta me estaba buscando para darme un par de palmadas en la cola y castigarme.

Mi padre y mi madre después de todo actuaban así.

Mis jefes actúan así.

Los hombres y mujeres actúan así.

Tomando ese modelo humano era lo más lógico pensar que después de la equivocación vendrían el enojo y el castigo.

Lo que me asombró días atrás fue entender que Dios no actúa así. Él lo sabe todo. Él lo vio y escuchó todo, y sabe perfectamente cómo nos sentimos.

Desde Adán y Eva, además Él sabe que cuando el hombre peca toma distancia, se aleja, se aparta.

Y lo más importante para Dios es que esta distancia pueda achicarse cuanto antes para que la comunión se restaure.

Por eso te busca cuando te alejás de Él, por eso te pregunta *¿Dónde estás?*

Para obligarte a salir del escondite, para obligarte a romper el silencio que te fabricaste. Para que puedas mirarte en el espejo de sus Ojos y darte cuenta de lo ridículo que te ves con el delantal de hojas de higuera.

Si para Él hubiera sido necesario hubiera creado al hombre vestido. Pero no lo hizo, porque no había nada que ocultar... hasta la caída.

Y nosotros tenemos que ser confrontados con nuestra actitud de alejarnos, para aprender que no tiene sentido, que lo más importante es una charla honesta donde hablando con Él le podamos decir "me equivoqué."

Entender que no tenemos por qué escondernos porque NO HABRÁ CASTIGO.

Dios no castiga.

¡no lo hace!

Su preocupación es que con nuestro error nos alejamos rompiendo el camino de comunicación hacia Él. Y si ese vínculo se daña estamos en verdadero peligro de meter los pies donde no debemos. De caer en algo más serio.

Su preocupación es que ese diálogo entre Dios y el hombre se restaure cuanto antes. Que puedan salir las palabras de la boca del hombre, contar lo que pasó y ser ministrado hasta su restauración plena.

Yo sé que este no es el chip que tenés puesto en el alma.

El chip que la cultura religiosa te puso adentro tuyo es que después de la caída hay que hacer algo para "pagar la deuda contraída".

Y lo que es peor, la tradición católica romana sostiene que aun habiendo pagado el precio de nuestros errores y cumplida la penitencia impuesta, quedan manchas en el espíritu del hombre que deben ser purgadas en un invento, un espacio espiritual inexistente llamado *purgatorio*.

Lo triste es que este razonamiento tira por tierra todo el esfuerzo y sacrificio de Jesús en la cruz. Su muerte no tiene sentido.

Su resurrección no representa ninguna victoria.

Te pido que reflexiones junto conmigo sobre el verdadero sentido de la muerte de Cristo. De lo que ha significado y lo que significa.

Y de cuál es la verdadera relación que tenemos que aprender a vivir en Dios.

Poder entender de una vez y para siempre que Él siempre está con los brazos abiertos, esperando. Que no le interesa qué hayamos hecho. Solamente que volvamos pronto a sus brazos.

Romper con el silencio que nos imponemos.

Entender que Él es nuestro Creador, nos hizo desnudos y así quiere vernos siempre. Por lo menos ante su Presencia.

**Pr. HECTOR SPACCAROTELLA**